



VIDA Y MARTIRIO

DE LOS GLORIOSOS

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA

En nombre de Jesucristo
la vida de san Cipriano
y la de santa Justina
os contaré en verso llano.

Corria el siglo tercero,
y nació en Antioquía
de padres ricos Cipriano,
muy dados á la idolatría.

Dotado de claro ingenio,
desde niño, fué educado
en todas las artes mágicas,
en que salió aprovechado.

Presumido y jactancioso
por ser jefe de hechiceros,
astrólogos y adivinos,
fué á países extranjeros.

Fino y hábil agorero,
y muy diestro en maleficios
de todos era buscado
á presidir sacrificios.

Pasó Atenas, después á Argos,
visitó también la Frigia,
no descuidando el Egipto,
y llegando hasta la India.

En la magia consumado,
con infames sortilegios
daba culto á los demonios
cometiendo sacrilegios.

Casi cual dios le miraban
los idólatras paganos,
y él odiaba de muerte
á los virtuosos cristianos.

Hinchado de innoble orgullo,
al volver á Antioquía,
ejerció sus malas artes
con descaro y osadía.

Para sus supersticiones
cometía mil abusos;
mucho sangre derramaba
por presagiar lo futuro.

De nuestros santos misterios
hacía continua burla,
propalando con cinismo
las mas atroces calumnias.

Por aquel tiempo una joven,
de belleza peregrina,
Antioquía habitaba,
y su nombre era Justina.

Tan buena era como hermosa;
sus padres mucho la amaban,
y en la religión gentílica
cuidadosos la educaban.

Era la misma modestia,
nunca salía sin velo,
y una joya tan preciosa
no la merecía el suelo.

Dotada de buen criterio,
juiciosa y muy prudente,
un sermón que oyó con gusto
la convirtió de repente.

Fortalecida de lo alto,
de virtudes fué modelo,
y á sus padres instruyó
en la religión del cielo.

De la virgen recatada,
así que á verla llegó
un joven llamado Agladio,
cual loco se enamoró.

Guapo y arrogante mozo
no pudo en su amor insano
de ella nada conseguir,
y habló de ello á Cipriano.

Y éste por demás vicioso,
sentía de igual manera
por ella un ardor lascivo,
en sus entrañas de fiera.

Mas ocultando su intento,
Cipriano se encargó
de seducir á Justina,
y sus artes agotó.

Confeccionó mil hechizos
invocando á Satanás;
ofrecióle sacrificios;
y la santa pudo más.

Por sugerencias del diablo
mil tentaciones tuvo
la honestísima doncella,
mas la gracia la sostuvo.

Pues Justina en su retrete,
á imitación de María,
virgen á Dios se ofreció,
y venció á la villanía.

Despechados y rabiosos
los demonios la asaltaban,
con horribles visiones,
y crueles golpes le daban.

Mas la joven animosa,
de la sierpe tentadora
con la señal de la cruz
salió siempre vencedora.

En medio de sus combates
á la virgen invocaba,
y María tan piadosa,
con su manto la amparaba.

Tan absorto y humillado,
tan confuso y abatido
quedó el soberbio Cipriano
viendo su poder vencido,

Que al maligno apostrofando
con dureza y energía,
increpó al mismo Satán
su flaqueza y cobardía.

—Tu poder es ilusorio;
eres, dijo, un fementido;
puede Jesús más que tú;
¡mal haya quien te ha servido!

Y el demonio sin rodeos
francamente le confiesa
que Jesucristo en verdad
es Señor de cielo y tierra.

Que la señal de la cruz
vencerá siempre al infierno,
y que todo esto le dice,
obligado del Eterno.

Y maldiciendo á los ídolos
fuése á encontrar Cipriano
á un amigo íntimo suyo,
que sabía era cristiano.

Recibióle bien Eusebio,
dándole de corazón
alegres enhorabuenas
por su santa conversión.

Y ambos alabando á Dios,
á ver al Obispo fueron,
y del caso sucedido
exacta cuenta le dieron.

Receló el santo Prelado
no fuese superchería
de aquel mago que hasta entonces
sólo terror infundía.

Después, mejor informado,
quedóse bien convencido
que quien fué tan diabólico
era ya un vaso escogido.

Retirada en su aposento,
al saber esto Justina,
ensalzó, como era justo,
la Providencia divina.

Ofreció á Dios sus cabellos,
todas sus galas vendió,
y el precio de todas ellas
á los pobres repartió.

Abominando su ciencia,
el nuevo converso luego
llevó al Obispo sus libros,
y él mismo les puso fuego.

Con entrañas paternas
Antimo le adoctrinó,
y una vez catetizado,
gozoso le bautizó.

Admirado quedó el pueblo,
y gran parte, habiendo visto
un cambio tan sorprendente,
abrazó la fé de Cristo.

¡Oh portentos de la gracia!
hasta Agladio, de Justina
provocador insolente,
confesó la ley divina.

De sus crímenes pasados
hizo tan gran penitencia
Cipriano que alcanzó
del Redentor la clemencia.

Ya fervoroso cristiano,
á no tardar se ordenó,
y según dice la historia,
á ser obispo llegó.

Tanto la fama creció
de Justina y de Cipriano
por toda aquella comarca,
que lo supo Diocleciano.

Y aunque se halla en Nicomedia
manda furioso prenderlos,
y al tribunal conducirlos
por ver si podrá vencerlos.

Inútiles tentativas:
con un valor poco visto
delante del juez pagano
confiesan á Jesucristo.

—Invocad á nuestros dioses
que conservan el imperio,
les dice el juez; deste modo
podréis salvar vuestros cuerpos.

«Vuestros dioses son demonios,
respondiéron con firmeza,
y aquellos que los adoran
padecerán muerte eterna.

»Sólo un Dios hay criador,
y Jesucristo es su Hijo,
procediendo de los dos
un Espíritu divino.

»Y solamente quien crea
en ese Dios trino y uno,
y cumpla sus mandamientos,
de salvarse está seguro.»

El juez les manda que callen,
y se tapan los oídos,
y los entregan al tormento
por ser blasfemos é impíos.

Luego los fieros verdugos
á Justina la azotaron,
y á Cipriano con garfios
todo el cuerpo le surcaron.

En la misma casa se halla de venta la verdadera **Oración de San Cipriano y de Santa Justina**; única y la más verdadera para hallar alivio en sus penalidades cuantos devotos de buena fe se inspiren en ella.

Viendo su firme constancia
al otro día encendieron
calderos de pez y sebo,
y allí dentro los metieron.

Como en delicioso baño
el fuego no les quemaba,
y ellos loaron á Dios
porque tanto les amaba.

Salió vana su malicia,
que los cristianos con maña
á Roma los remitieron
por librarlos de su saña.

En casa de una señora
estuvieron bien guardados;
y en la iglesia de Letrán
son hoy día venerados.

Casi revienta de cólera
un sacerdote hechicero,
y juzgando que hay engaño,
se pone dentro un caldero.

¡Oh soberbia castigada!
queda al lado de Cipriano
en cenizas convertido
aquel mísero pagano.

¡Gloria al Dios da las alturas!
al punto toda la gente
ensalzó al Dios que hacía
un milagro tan patente,

De rabia y coraje lleno
ordenó con gran presteza
el implacable tirano
le cortaran la cabeza.

No queriendo les honrasen,
guardias fueron apostados
para privar que enterraran
aquellos cuerpos sagrados.